

## LA ACTUAL APOTEOSIS DEL LIBERALISMO

Quizá sea el concepto de liberalismo uno de los más manejados durante el último siglo, y también de los más equívocos y difícilmente definibles.

El liberalismo es, sin duda, algo profundamente real y bajo cuya inspiración se ha formado la mentalidad de generaciones enteras. Cuando oímos descalificar como "juicios subjetivos" cualquier afirmación categórica, sobre todo si es de carácter metafísico o religioso o valoral; cuando vemos sustituidas las convicciones por "opiniones", y la verdad o la falsedad de los juicios se interpretan como "posiciones" "de derecha" o "de izquierda"; cuando se erigen como únicas virtudes sociales la "tolerancia" y la "comprensión" y como únicos vicios "el extremismo" o "la violencia (venga de donde viniere)", se intuye una mentalidad o un ambiente teñido de liberalismo.

Sin embargo, precisamente porque los límites conceptuales del liberalismo son mal conocidos, es frecuente usar del concepto con impropiedad, abusar de él, o —al contrario— no descubrirlo, sobre todo cuando se da unido a regímenes o ideologías distintos de los que habitualmente le acompañan. Así, cuando afirmaciones o supuestos liberales se unen a posturas políticas no democráticas sino tecnocráticas o socialistas.

¿Qué es, pues, liberalismo?

Hablamos tantas veces de "liberalismo democrático" o de "democracia liberal" que llegamos a ver en nombre y calificativo algo así como una redundancia. Sin embargo, aunque liberalismo y democracia se hayan dado unidos en el terreno de los hechos en virtud de cierta afinidad y consecuencia que guardan en el de las ideas, no puede dudarse de que son cosas diferentes y separables. "De-

mocracia" responde a la pregunta "¿cuál es el origen del poder?", y afirma que éste se halla en el pueblo, en la voluntad general o mayoría empírica. "Liberalismo", en cambio, si se toma en su sentido restringido, responde a la cuestión "¿cuáles son los límites del poder?", y responde, por boca de Rousseau, que esos límites deben ser "los mínimos indispensables para la convivencia", puesto que el hombre es naturalmente bueno y debe dejarse obrar sin trabas a esa recta naturaleza.

Este es el liberalismo roussoniano, pero ha habido, históricamente, otros. Tal el de Locke y los empiristas ingleses del siglo XVII, que llegan a la misma conclusión, pero basándose en que cualquier intervención de la autoridad que no sea meramente negativa o mínima habría de apoyarse en "ideas", y éstas, que son forjadas por las mentes individuales a partir de datos sensoriales, no deben ser impuestas socialmente.

Pero uno y otro —Locke y Rousseau— son liberales, es decir, no inventan el liberalismo, sino que beben en fuentes de un liberalismo más amplio y profundo, que es precisamente el que nos interesa. Este liberalismo, cuyos orígenes son más remotos, afirma también la neutralidad del orden social y político, su desligamiento respecto de una instancia trascendente cívica, laica. Frente a la sociedad medieval cristiana —comunidad en una fe religiosa—, el liberalismo sostiene la sociedad como mera coexistencia de grupos y de individuos, en la que teorías y creencias religiosas son asunto solamente privado. Es decir, que para el liberalismo, hombre y sociedad humana son realidades autónomas o técnicamente regulables, exentas por supuesto de toda mala inclinación original y ajenos a cualquier esfera superior e inmutable de verdades, valores o deberes. De aquí que el liberalismo sea, correlativa y negativamente, una tesis de orden político-religioso, y en este sentido Sardá y Salvany tituló un libro "El liberalismo es pecado".

La paz en Westfalia, por ejemplo, que puso fin a las guerras de religión tras el agotamiento de las armas españolas, fue una "solución liberal" respecto a la coexistencia de pueblos u orden internacional. Los españoles lucharon por la Cristiandad como orden estructural —religioso, no liberal— de la sociedad. Si a la coexistencia neutra liberal, laica, que nació en Westfalia, la llamamos Europa por oposición a la Cristiandad, podremos comprender la contraposición —hoy tan frecuente— de España y Europa.

Pero Westfalia es todavía un liberalismo de compromiso, circunstancial. Los pueblos pacificados seguirán viviendo como sociedades confesionales según la religión de cada soberano. Posteriormente, el liberalismo teórico propugnará ese mismo orden neutro, arreligioso, como estructura deseable de cada pueblo, de la sociedad en general. Su obra será la Revolución francesa, universalizada por el napoleonismo.

No es casual, por ello, que en España los liberales sean siempre "europeizadores", ni que problematicen sobre si "esto que llamamos España" tiene o debe tener una significación positiva, comunitaria. Todos añoran para España ese orden puramente humano, laico, que representa Europa, la Europa moderna.

Ortega y Gasset, que quizá no sea demócrata y hasta haya influido poderosamente en grupos antidemocráticos, totalitarios, es, sin embargo, un liberal puro; europeizante por ende, y problematizador sobre lo que España representa, por tanto. Su obra tiene la virtud de provocar en sus diversos lectores españoles los sentimientos más vivos y encontrados. En su edad moza pronunció una conferencia en Bilbao —en la sociedad liberal "El Sitio"— bajo el título "La pedagogía social como programa político". En ella se hubiera podido situar el límite imperativo que, como un Rubicón, separará por siempre dos actitudes ante la vida y el futuro. Eran sus primeras palabras sobre el concepto de España "como problema", y en sus últimas, entonaba un canto a la europeización.

España, según el conferenciante, "es un dolor enorme, difuso. España no existe como nación. Gravitan sobre nosotros tres siglos de error y de dolor". Esos tres siglos se inician con la inmensa equivocación de vincular la suerte de la patria con la defensa del catolicismo en las guerras de religión, y termina en "el abismo de dolor de aquel año tristísimo de 1898". "Si sentimos que España es un pozo de errores y dolores, nos aparecerá como algo que debe ser de otra manera. España es, pues, un problema".

La idea central de aquella conferencia, es decir, la solución orteguiana a ese amargo problema que constituye España se expresa mediante un ejemplo "tecnocrático". La sociedad —nos dice— no es originariamente una comunidad de sentimientos o de gustos... Imaginemos un pueblo dividido en rivalidades y banderías. Lograd que en él un buen número de vecinos se interese por nuevos métodos de cultivos, que lleguen a ver en ello una grande y fecunda tarea: las divergencias desaparecerán o se purificarán, se reducirán las luchas, y aquella colectividad se salvará en "la verdad de las cosas" y del quehacer colectivo. De modo análogo, España, campo inmenso de negociaciones mutuas, lugar común de todos los apasionamientos individuales, se salvará cuando "en las clases directoras, dentro de veinte años, haya un buen número de españoles activos en el trabajo de su ciencia. Ellos, aunque tengan opiniones distintas, coincidirán siempre que se trate de ir resolviendo los grandes problemas culturales".

Este quehacer redentor no es para Ortega y Gasset fruto de una voluntad general democrática, sino más bien obra de minorías o efecto de un "despotismo ilustrado", precursor de la moderna tecnocracia de grupo o élite. Para lograrlo es indispensable, según él,

la difusión de la "cultura", de una cultura socializada, "laica" (de "laos", pueblo), igualitaria, esto es, sin distinción de clases sociales ni de confesiones religiosas. Es cierto, en su opinión, que la religión posee ciertos valores socializadores, pero ¡cuántas veces no ha perturbado la paz de la tierra! Además, cuanto la religión pueda dar socialmente, lo da la cultura más enérgicamente. Pero lo que claramente es antisocial son las iglesias particulares, causas de división y apasionamientos. La España futura —concluye el conferenciante— ha de ser una gran sociedad laica, una escuela de humanidad. Esta es la tradición que nos propone Europa. Y así, el problema que es España encontrará en Europa su solución: regeneración es inseparable de europeización.

Todos estos conceptos nos aparecen ya claros: "Cultura laica" es la actitud estrictamente liberal que se opone a la fe y al trascendentismo de la actitud religiosa ante la vida. "Europa" es el orden convincente, neutro, de grupos religiosamente heterogéneos o irreligiosos, que sustituyó a la unidad comunitaria de la Cristiandad. "Europeizarse", en fin, significa para los españoles rendirse pacífica, voluntariamente, después de dos siglos y medio, a cuanto ha encendido la lucha civil y el espíritu religioso en los últimos tiempos. Con otras palabras, renunciar a su fe, liquidar su cultura e incorporarse al medio, políticamente laico, de la Europa moderna.

La profecía —o el designio— laicista no tuvieron cumplimiento entre nosotros. Como dice Menéndez y Pelayo, "un pueblo viejo no puede renunciar a su cultura sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil". A los veinte años de aquella conferencia (1936), los españoles luchaban nuevamente por su fe y contra la anarquía moral y política en que les había sumido la laicización o "liberalización" de su Estado, la indefensión pública de cuantos motivos les llevaron históricamente a convivir, a rezar juntos y a crear una gran historia. Tampoco cuarenta años posteriores de trabajo y elevación notable del "nivel de vida" han hecho olvidar a los españoles la problemática profunda de su pasado.

Nuevamente hoy vuelven a sonar cantos de sirena para la edificación de una coexistencia "liberal" y la definitiva incorporación a "Europa". El riesgo es ahora mucho más grave porque se ha visto precedido de una inverosímil penetración "liberal" en el seno de la propia Iglesia Católica, defensora última —por su misión y su origen— del orden inmutable de cuanto ha de ser creído y respetado. Una tendencia "horizontalista" o mundana, humanista, des-sacralizadora, evolutiva y "convergentista" ha penetrado los sectores más visibles de la Iglesia, dejando en provisional entredicho a cuantos no se han preguntado con Pilato y con el liberalismo: "¿qué es la verdad?". Particularmente a España y a los pueblos hispánicos

asentados todavía en una "ortodoxia pública" de raíz religioso-católica.

Porque concebir la religión como un "problemático" peregrinar del hombre, sin dogmas, jerarquía, ni inmutables referencias, hacia un indeterminado progreso espiritual en que todas las religiones confluyan, es aún más absurdo que pretender edificar la vida de un hombre o la legislación de un pueblo sin nociones válidas de la verdad y del bien.

La prueba histórica parece hoy culminante, definitiva. Diríase a la Iglesia y el mundo abocados a aquella "soledad de barco, sin naufragio y sin estrella", en estrofa de Machado. Pero la misma contradicción del empeño hará reaparecer ante el horizonte humano los rastros referenciales de su guía y de su verdadera salvación.

RAFAEL GAMBRA

